

en ensanchar tus graneros para gozar de los frutos de tus vastas posesiones? El medio, pues, amados oyentes, de que no nos acontezca tal desgracia, consiste en traer continuamente delante de los ojos la imagen saludable de la muerte, el polvo del sepulcro: *Memento homo, quia pulvis es*. Así sucederá, sin duda, que el pensamiento de la muerte despierte de su letargo y llame á penitencia al pecador más descuidado de su salvación. Así la muerte, esa gran realidad de la nada, destruyendo, pulverizando todo lo terreno, por grande y halagüeño que sea para nuestro corazón, arrancará con mano antes piadosa que cruel todas esas funestas ilusiones, que deslumbrándonos, nos ciegan y corrompen. Y si, por ventura, es la soberbia la que nos extravía apartándonos de Dios y de la guarda de su santa ley, nada hay tampoco más eficaz para disipar los humos de nuestra loca vanidad que el frío soplo del pensamiento de la muerte, como vais á ver en la segunda parte.

II.

7. Contemplad, hermanos míos, á ese hombre del siglo, infatuado y perdido miserablemente por la soberbia de la vida, de que, según San Juan¹, está repleto el mundo, y que forma su espíritu diametralmente opuesto al espíritu de Jesucristo. Sobre bases falseadas y ruinosas levanta el pecador soberbio la torre babilónica de su vanidad (que debiera ser para él de confusión). Engreído con su quimérica grandeza, porque es grande sólo en su cerebro delirante, hinchado con su petulancia, todo lleno de sí mismo, aunque vacío de verdadero mérito, dominando desde las soñadas alturas de su egoísmo

¹ 1 Io. 2, 16.

ridículo á todos cuantos desfilan junto á él, despreciador de cualquier otra grandeza que no sea la suya, y más aún de la grandeza moral, única verdadera, pero la única que él no reconoce por no hallarla dentro de sí mismo; ensoberbecido ese pecador con la misma enormidad de sus delitos, llega hasta el extremo de mirar de reojo á Dios, le discute, ¡insensato! y, no pudiendo percibirle á través de la humareda de su mismo orgullo y de los densos vapores de su corrupción, toma el partido de negarle¹ para descartarse de una vez del temor servil que le inspira la idea de la justicia eterna; y una vez arrojado todo freno, huella insolente y descarado toda ley divina, rechaza la palabra revelada, desconoce la representación de Dios sobre la tierra, ataca frenéticamente, si no desdeña altanero, toda religión y culto, y cuanto dice relación á un orden sobrenatural y ultraterreno; y así, en un estado permanente de síncope moral, se obstina y atrinchera en la más aterradora impenitencia. Pregunto yo ahora, amados hermanos: ¿Será posible reducir á mejores sentimientos á ese ser desventurado, poseído del demonio infernal de la soberbia? Pues, si lo es, dado que á ningún pecador le es imposible la conversión mientras le dure la vida, yo creo que no será por otro camino que por el de la humillación y abatimiento del orgullo. Ruede por los suelos esa torre babilónica, y huirán en todas direcciones los atrevidos y locos pensamientos que cual águilas habían colocado allí su nido. *Exurgat Deus, et dissipentur inimici eius. Sicut deficit fumus, deficiant, sicut fluit cera a facie ignis*². Desvanézcase su aparente grandeza como el humo, y derrítase como la cera al

¹ Ps. 13, 1. ² Ps. 67, 2. 3.

fuego, dice el Profeta; y entonces, y sólo entonces, entrará el pecador orgulloso por los caminos de la compunción. Así lo atestigua en cien pasajes la Historia Sagrada. Y ¿no es éste el triunfo del polvo de la muerte? «Aprende á humillarte, ¡oh polvo! aprende á obedecer, tierra y barro despreciable», que algún día andarás debajo de los pies de todos¹.

8. En efecto, ¿qué pensamiento más humillante que el de la muerte y el sepulcro? Dios no pudo fulminar otra sentencia que hiriera más de lleno la loca presunción de nuestro primer padre que aquella que hoy nos recuerda la Iglesia: *reverteris in terram, de qua sumptus es*²: «volverás á la tierra de donde fuiste sacado». ¡Qué rayo para aquel que presumió sentarse en el cielo, ser igual á Dios! ¿No fué tanto como arrojarle á la cara el lodo de su origen? ¿No fué desconcertar todos sus sueños ambiciosos? ¿No fué hundirlo en la abyección?—Sin duda alguna, hermanos míos; y no es posible imaginar la confusión y vergüenza con que se retiraría Adán, y el abatimiento con que le seguiría Eva, cuando fueron arrojados del paraíso para ir á aguardar entre sudores y congojas el golpe fatal de la muerte. ¡Ah! cuando el hombre piensa seriamente y ve con los ojos de la razón lo que será dentro de poco tiempo, vil despojo de la muerte, no se comprende cómo es capaz de mantenerse en las regiones fabulosas de su insensato orgullo. Bastaría decirle mostrándole su propia sepultura: *Veni et vide*³: Vén y mira lo que allí está. ¿Ves ese montón de huesos envueltos en asqueroso polvo? Esos son los despojos de aquel rico orgulloso, de aquel soberbio magnate, de aquella mujer vana

¹ Imit. Chr. lib. III, cap. 14.

² Gen. 3, 19.

³ Io. I, 46.

que llamó tanto la atención del mundo, de aquel sabio de primer orden, de aquel gran conquistador, de aquel monarca, de aquel papa... Y eso mismo serás tú, que acaso no vales tanto como aquéllos; eso mismo, y dentro de muy breve plazo, más breve de lo que te figuras... En resumen, hombre ambicioso y soberbio, mujer vanidosa y fatua, tú no eres más que un puñado de vil y despreciable polvo: *pulvis es*. ¿Por qué, pues, tanta arrogancia? ¿Por qué, tanta idolatría de ti mismo? ¿Por qué, tanto desprecio de tus semejantes y hasta del mismo Dios de cuya majestad te burlas? ¡Miserable! *Veni et vide*: mira bien en lo que parará tu soberbia: en polvo y nada. Y desengáñate, y dí con el Profeta Job: *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt*¹: Pasaron mis días como una sombra, desvaneciéronse mis pensamientos. *Solum mihi superest sepulcrum*²: No me queda, pues, más que el sepulcro.

9. La grande eficacia de la idea de la muerte para derrocar la vana arrogancia del pecador y convertirle, consiste en que ella derriba con mano inexorable los fantásticos cimientos en que estriba toda la fábrica del mundanal orgullo. Porque éste, hermanos míos, es todo carnal, como se echa de ver, y fundado en los falsos bienes de los sentidos, como son la salud, la fuerza material, la riqueza, la hermosura física, los honores, la posición social... He aquí los títulos ordinarios de la vanidad mundana, títulos todos que arrebatada y pulveriza la muerte. No suele enorgullécese tanto el hombre por el talento ó la ciencia que posee, y menos aún por la virtud, mientras ésta y aquéllos no le levanten en el concepto y opinión de los demás hombres; y, cuando

¹ Job 17, 11. Ps. 101, 12 etc.

² Job 17, 1.

esto sucede, ya no es el mérito, sino el vano aplauso del mundo el que le deslumbra y le llena de hinchazón. Ahora bien: ¿Cuál de esas bases, todas ruinosas, no echa abajo la implacable y justiciera muerte? ¿Las riquezas? ¿la opulencia? ¿el fausto de la vida? Y ¿á qué estado, no digo de pobreza, sino de miseria y desnudez, no se ve reducido el hombre por la muerte? Sus bienes, por más que aun se diga que le pertenecen en cuanto se respeten sus disposiciones testamentarias, en hecho de verdad ya no son suyos, pasaron á otro dueño, él ya no posee nada porque nada se ha llevado consigo¹, y en el sepulcro estrecho donde se pudre su cuerpo no tiene más que harapos. ¿Los honores? Mirad á qué poca cosa se reducen aun los más pomposos: un poco de humo, y nada más: eso son los fastuosos funerales, los discursos rimbombantes, los grandes cortejos fúnebres, los suntuosos monumentos y hasta el homenaje de la posteridad. Todo eso es algo para los que viven; pero ¿qué, para los muertos? ¡Oh! y ¡cuán cierta es la sentencia de la *Imitación de Cristo*: «Apenas desaparece el hombre de la vista, al momento se va también de la memoria»²! Ni es más sólido el cimiento de la elevada posición social. ¿Acaso no es la muerte la gran niveladora de todas las condiciones? ¿pesa más, por ventura, el polvo del que fué monarca que el del miserable mendigo? ¿no los disipa igualmente el viento del olvido? Aquí sí cabe exclamar con el Sabio: *Vanitas vanitatum!*³ Toda humana grandeza es vanidad.

Y ¿qué decir ahora del pecador sensual, que prácticamente vive sólo para el cuerpo, ni más ni menos que

¹ Non sumet omnia (Ps. 48, 18).

² Imit. Chr. lib. I, cap. 23. ³ Eccl. I, 2.

si no tuviese alma inmortal en que pensar? Veámoslo brevemente en la tercera parte.

III.

10. ¡Pluguiese á Dios, hermanos míos, que no fuese tan exorbitante el número de los abyectos adoradores de la carne! Por desgracia aun hoy, en medio de la santidad del cristianismo, que tanto ha levantado al hombre de la postración moral, no es temeridad exclamar con la Escritura: *Omnis caro corruperat viam suam*¹: Toda carne ha corrompido su camino. Pena frecuente y justa de la misma soberbia: porque nada es tan capaz de humillar y avergonzar al hombre como las miserias de la sensualidad. Pero, ¡ojalá que así sucediera, amados oyentes! ¡ojalá que el pecador, confuso, como el Rey penitente á la vista de los dolorosos estragos de los propios excesos, clamara á Dios diciendo: «¡Misericordia, Señor, porque *no hay sanidad en mi carne, no hay paz en mi huesos por causa de mis desórdenes!*»² —Muy al revés de lo que debiera ser, el pecador sensual y orgulloso suele jactarse impudentemente de la multitud de sus delitos, y hasta pretende justificarlos como la cosa más conforme á las inclinaciones de la naturaleza. Pues bien, vendrá la muerte, esa terrible mensajera³, ese juez severo é incorruptible, y le obligará á confundirse poniendo á la vista la vileza extraña del ídolo á quien rendía adoraciones. Nada más frágil, más perecedero y deleznable que el cuerpo humano. Verdaderamente: *Toda carne es heno, y toda su gloria es como la flor del campo*⁴. Porque, como dice el santo

¹ Gen. 6, 12.

² Ps. 37, 4.

³ Ps. 48, 15.

⁴ Is. 40, 6.

Job: *Se marchitará toda carne y quedarán desnudos los huesos*¹. Vendrá la muerte intimando en nombre de Dios, como en los días del diluvio universal, esta tremenda sentencia: *Finis universæ carnis venit coram me*²: Ha llegado el fin de toda carne. Y lo mismo que en aquella universal catástrofe, la tierra abrirá sus entrañas para tragarse convertidos en hediondos cadáveres todos los ídolos de la humana sensualidad, aquellos que arrastraban las miradas y tras ellos los corazones, de la insensata multitud. ¡He ahí, hermanos míos, en lo que vendrán á parar dentro de algunos días todos los placeres, vanidades y seducciones del mundo! ¡He ahí reducida á polvo la loca felicidad de los voluptuosos! ¿Qué recogerán, pues, los que no tienen otro afán que gozar y regalar su carne, sino la corrupción³, como lo enseña el Apóstol? *Memento homo, quia pulvis es*.

II. Y, si á la consideración de la disolución de nuestra carne añadimos el recuerdo de todas aquellas no menos dolorosas circunstancias que necesariamente la acompañan; ¿cómo no se desprenderá nuestro corazón, no solamente del amor á los deleites groseros, sino aun de la pasión por los placeres mundanos, diversiones y regalos del cuerpo que suelen servir de incentivo de aquellas otras pasiones criminales? Sí, hermanos míos, se necesita mucha ceguedad ó completa falta de sentido para no despreciar, á la vista del espectáculo que nos ofrece la muerte, todos los frívolos pasatiempos de la vida. ¡Qué contraste entre el bullicio de los alegres festines, teatros y saraos, y los penetrantes lamentos, ayes y sollozos que rodean el lecho mortuario! Con

¹ Job 33, 21.² Gen. 6, 13.³ Gal. 6, 8.

éstos nos amenaza el Señor diciéndonos: *Convertiré en luto vuestras fiestas, y en llanto vuestros cantos*¹. ¡Qué contraste entre el ruido de las plazas y teatros y el silencio solemne de los cementerios! ¿Por qué, pues, no pensamos frecuentemente que ésta ha de ser muy en breve nuestra mansión definitiva? ¿Por qué nos entregamos con delirio á los placeres, sabiendo que la muerte está acechando nuestros pasos para asaltarnos en mitad del camino? «Hoy es el hombre», dice aquel Santo, «y mañana no parece.»² ¡Oh muerte! exclama el Eclesiástico³, *¿qué prudente y acertado es tu consejo!*

12. *Memento homo...* Y, al ver y palpar la vanidad de esta carne convertida en gusanos, y la poca substancia de todos los bienes caducos y perecederos de la tierra, acordémonos también, cristianos, de que no es así nuestra alma. Espíritu inmortal, no será envuelto en la ruina de nuestra pobre carne corruptible: ella sobrevivirá á la humana catástrofe para proseguir su carrera feliz ó desgraciada por una eternidad sin fin. *Memento homo...* Acuérdate, pues, hombre carnal, de la alteza y dignidad de tu espíritu, y de los goces eternos para cuya posesión has nacido. Acuérdate de tu Criador, y vuélvete á Él con verdadero y firme aliento de servirle. Su misericordia te espera: no pierdas el tiempo aceptable, no sea que la muerte, sorprendiéndote, no te dé lugar de penitencia.—Sea para nosotros el santo tiempo de Cuaresma, tiempo de propiciación que nos disponga á los santos regocijos de la Pascua del Señor. Así sea.

¹ Amos 8, 10.² Imit. Chr. lib. I, cap. 23.³ Eccli. 41, 3.